

RENOVATIO IMPERII - PARTE III

ROMA INMORTAL



SERGIO ALEJO GÓMEZ

El sueño de Justiniano continúa. Después de África, toca Italia. Roma... La cuna de la civilización romana debe ser recuperada a toda costa.

Tras lograr un éxito digno de los mejores generales, Belisario debe regresar a Constantinopla para acallar los rumores que se vierten sobre él. De nuevo, Vitelio se convertirá en su sombra para protegerle de aquellos que envidian su fortuna. Un triunfo por las calles de la capital y una nueva empresa digna de los mejores. Italia espera, y con ella, la vieja y antigua capital del Imperio: la eterna Roma.

Pero aunque la vida de un soldado debería ser sencilla, para Vitelio no lo es. Una vez más, las intrigas políticas se cruzarán en su destino. Esta vez de la mano de la mismísima emperatriz Teodora.

Una vieja deuda que creía olvidada, emergerá para ponerle en una difícil encrucijada que le obligará a plantearse cosas hasta ahora impensables.

En esta tercera entrega de la saga *Renovatio Imperii*, la acción de la conquista militar será el eje principal de la trama, pero las intrigas palaciegas volverán a hacer acto de presencia para darle emoción a una historia que cada vez se complica más.

Esta novela está dedicada a todos aquellos que sienten pasión por la Historia, sin hacer excepción alguna. Pero quiero en esta ocasión centrarme en aquellos lectores que a estas alturas ya sois seguidores del denostado y olvidado Imperio romano de Oriente. Al menos de los tiempos en los que transcurre la presente saga de novelas. Es de ley, y creo que forma parte del objetivo de redactar estas novelas, recordar unos tiempos complejos y llenos de momentos relevantes, por los que a menudo se pasa de puntillas, tanto a nivel educativo básico, como a un nivel académico superior.

Es obligación de todos los que nos dedicamos a la divulgación de la Historia, hacer llegar a tanta gente como sea posible, los acontecimientos y los personajes de ese período. Ya que fueron ellos los que se encargaron de crear su propio presente, que a la vez serviría de base para edificar lo que tendría que venir: nuestro futuro.

Así que esta tercera parte de la saga *Renovatio Imperii*, es toda vuestra. Espero que disfrutéis leyéndola tanto como lo he hecho yo escribiéndola.

Sergio Alejo Gómez

AGRADECIMIENTOS

Como en toda novela que se precie, no se puede comenzar de otra manera que no sea dedicando unas líneas de agradecimiento a todos los que han contribuido con su tiempo y esfuerzo para que la obra vea la luz y esté al alcance de todos los lectores.

En primer lugar, como siempre, y por cercanía personal, debo darle las gracias a la persona más especial en mi vida. A la mujer que ocupa una posición privilegiada e irremplazable en mi corazón, mi Teodora particular: mi emperatriz Laia. Sin ella, no estaría escribiendo ahora estas líneas. Como le decía su querida abuela: «Es que vales un Imperio romano». Y nunca mejor dicho, ya que su ayuda vuelve a dejar clara aquella premisa que afirma que detrás de todo gran hombre, hay siempre una gran mujer. Así que esta obra es tan suya como mía. Gracias «ninín» por tu paciencia, por tu apoyo, por tu consejo y por estar siempre a mi lado allá donde el destino me lleve.

En segundo lugar, darles las gracias a esas dos personas que se han pasado horas y horas leyendo y releendo el manuscrito, buscando las numerosas erratas que un servidor hace al redactar las decenas de páginas que componen la obra. Sé que en ocasiones deben de haberme maldecido por darles tanto trabajo. Yo siempre les digo que me acomodo en su profesionalidad y confío plenamente en ellos, de ahí que me relaje tanto a la hora de escribir. Por suerte, los dioses han tenido a bien ponerlos en mi camino para suplir mis carencias. «El escritor a escribir, y el

corrector a corregir». Eso es lo que les digo a Ander y a Almudena o al menos lo que trato de decirme a mí mismo para justificar que ese sea mi talón de Aquiles. ¡Gratitud por el enorme esfuerzo que hacéis! Sin vosotros esto tampoco sería lo mismo.

Tampoco quiero olvidarme de los lectores cero, o lectores beta, que se han encargado de leer los bocetos de esta novela. Gracias por las impresiones que me habéis transmitido, y gracias por las ideas proporcionadas para mejorar la calidad de la novela.

Gracias también a Alexia Jorques por el diseño de la portada de la novela, y gracias a mis compañeros de Barcino Oriens por cederme la fotografía del estandarte de la legión que consta en la misma. Sin querer alargarme más de lo necesario, os dejo con lo importante, que es el libro, no sin antes agradecer en general a todos los que de manera directa o indirecta, individual o colectiva, interesada o desinteresada, me han ayudado en la redacción del mismo. Espero que aún queden muchas páginas más que escribir sobre nuestros queridos y amados romanos de Oriente.

LIBRO PRIMERO

PREÁMBULO

Puerto de Cartago, finales de abril del año 534

–Si mañana el mar está en calma podremos partir, general.

–Esperemos que así sea. Ya estoy un poco cansado de tanto calor –respondió Belisario secándose el sudor de la frente con un suave pañuelo blanco de lino a la vez que esbozaba una leve pero perceptible sonrisa.

–Todos lo estamos, señor. En ocasiones me da la sensación de que en estas tierras no hay diferencia entre las estaciones del año. Me recuerda a la frontera con Persia –añadió Vitelio con complicidad.

El general se quedó pensativo durante unos breves instantes. Parecía que su mente le había llevado de nuevo a aquel lugar en el que se labró su reputación, y que casi se la quita tras los acontecimientos de Calínico. Su semblante cambió de repente y su rictus facial se puso mucho más serio:

–Ojalá todo fuera tan fácil cómo entonces, Vitelio... –dijo suspirando añorando un tiempo ya pasado–. Lo que daría por tener que enfrentarme de nuevo a los contratiempos que se nos presentaron entonces.

Vitelio le miró extrañado. Sabía cómo era Belisario, y nunca dejaba las frases a medias a no ser que estuviera preocupado. Aguardó a que prosiguiera con su divagación sin abrir la boca.

–Algo me dice que lo que viene a partir de ahora va a ser mucho más complicado –dijo mientras centraba su atención de nuevo en el comandante de sus *bucellarii*–.

Estos últimos días he tratado de aparentar cierta calma y tranquilidad, sobre todo de cara a los hombres. Aunque hay algo que me reconcome por dentro –hizo una breve pausa sin dejar de mirar hacia el horizonte como si estuviera aguardando la aparición de algo o alguien–. Estoy impaciente por poner los pies en la capital y demostrarles a todos los que hablan mal de mí, que los rumores que han aireado, son tan o más falsos que la lealtad que ellos dicen profesar al Imperio y no a sus intereses personales – dijo Belisario con el ceño fruncido.

Vitelio comprendió entonces lo que le estaba ocurriendo. Belisario se estaba sincerando con él, cosa que no solía ocurrir muy a menudo. Se notaba la preocupación en su mirada y es que ya llevaba muchos años sirviéndole como para no darse cuenta de esa inquietud que sentía. Aunque fuera el general supremo del ejército romano en África, aunque fuera el conquistador del reino vándalo, no dejaba de ser un hombre como otro cualquiera, con sus preocupaciones y demás. Tal vez era más humano de lo que muchos creían, y es que un hombre de su importancia y de su posición no podía estar jamás tranquilo. Con el paso de los años había aprendido a identificar ese tipo de señales en los que le rodeaban. Tal vez porque él mismo se las reconocía. En el caso del *magister militum*, comprendía que el peso de la responsabilidad no era fácil de llevar. No le envidiaba. Jamás se hubiera cambiado por él, por mucha fama y gloria que el destino le deparara. Soportar semejante carga era algo que no deseaba. Debía de ser agotador tener que estar pendiente de tantos asuntos, e imaginaba que en ocasiones incluso frustrante.

Mucho más en aquella situación. Tras haber logrado un éxito de aquella magnitud, ahora le llegaba información que ponía en duda su lealtad hacia el mismísimo Justiniano. Ellos, que habían sido amigos desde siempre. Él, que había combatido en el nombre del Imperio desde siempre, y que había aportado a los ejércitos del empera-

dor su numeroso contingente de soldados, ahora era puesto en tela de juicio por unos miserables que no le llegaban ni a la altura de la suela de sus botas. Era tremendamente injusto tener que lidiar con ese tipo de rumores. Comprendía que su superior estuviera preocupado pese a haber conquistado el reino de los vándalos en tan poco tiempo. Para ser más exactos, podía llegar a entender que debía estar enojado.

—No debe hacer caso a lo que dicen las malas lenguas, general —señaló Vitelio tratando de tranquilizarle, si es que eso era posible—. El éxito cosechado en esta campaña y las anteriores llevadas a cabo contra los sasánidas han suscitado muchas envidias. Pero el emperador sabe de sobra que le es leal.

—Quisiera ver las cosas desde tu prisma de tranquilidad, comandante —dijo esbozando una sonrisa que se notaba un poco forzada—. Me ha costado mucho trabajo reorganizar la administración de esta nueva provincia en tan poco tiempo, sobre todo teniendo en cuenta los pocos recursos que tengo a mi disposición y la situación en la que la habían dejado los vándalos. Imagino que no te explico nada que no sepas ya.

Vitelio asintió, ya que había colaborado con él en varios asuntos relacionados con la nueva organización del territorio, y era plenamente consciente del esfuerzo que tal tarea había supuesto. Los años que los germanos habían dominado la antigua provincia romana habían dejado mella. Pese a que los gobernados habían tratado de mantener intactas las instituciones y los modelos tradicionales, poco a poco se habían ido descuidando aspectos que dificultaban la tarea de los nuevos conquistadores. No era fácil cambiarlo todo, y más cuando ya habían pasado varias generaciones bajo el control de los bárbaros. La memoria era algo que se iba perdiendo con cada una de ellas, y las antiguas costumbres eran difíciles de recuperar.

–No sabes la cantidad de noches que me he pasado en vela intentando solventar los errores en la mala gestión que habían llevado a cabo esos salvajes en estas tierras. Demasiada injerencia en la administración ha dejado todo en muy mal estado.

El comandante asintió de nuevo, ya que notó un poco perturbado a su superior. No era el momento para reprocharle nada, ni recordarle que él también había tenido sus problemas. No, en aquel momento Belisario necesitaba que alguien le escuchara. Necesitaba a un amigo que le comprendiera o al menos que le dejara desfogarse después de haber tenido que soportar tanta presión.

–Esos bárbaros tan solo han estado un siglo y medio en esta región, pero la han dejado totalmente destrozada. Y mientras yo me he estado rompiendo los sesos en hacer de esto un territorio gobernable, algunos de los que sirven a mis órdenes... Algunos en los que yo confiaba plenamente, se han dedicado a difamar sobre mí –pudo ver el malestar en su rostro y detectar la crispación en sus palabras.

Vitelio le escuchaba atentamente. Estaba claro que no tenía a nadie más con quien hablar sobre ese tema. Le necesitaba para desahogarse. Para quitarse de encima esa presión que tenía tras haberse enterado de que a sus espaldas, oficiales de alta graduación que servían bajo su mando, y en los que hasta ese entonces había confiado, se habían encargado de escribir misivas al emperador informándole de que Belisario pretendía quedarse el reino de África para sí. ¿Coronarse rey de África? ¿Belisario? Eso no había quien se lo creyera. Pero la envidia era muy mala, y los éxitos que cosechaba el general siendo un hombre todavía joven, se habían convertido en un arma de doble filo. Lo peor de todo era que los que habían propagado esos rumores habían sido militares cercanos a su persona, y que en teoría siempre se habían mantenido leales a su

persona. Al menos eso es lo que le habían hecho creer a él. Eso era lo que más le dolía de todo aquel asunto.

–Los que le conocemos de verdad, general, sabemos que todo lo que usted ha hecho en África ha sido en nombre del emperador. Al igual que lo que hizo en su momento en la frontera oriental.

–Gratitud por tus palabras, comandante –dijo sonriendo levemente.

–Es más, Justiniano no ha hecho ninguna acusación formal contra su persona. Si hubiese creído lo que los difamadores afirman, ¿no cree que habría mandado ya a alguien para arrestarlo? –le preguntó Vitelio tratando de calmarle un poco.

–Que no lo haya hecho no significa que la información no haya sembrado la duda en él. Le conozco mucho, Vitelio, y sé que en ocasiones escucha a quien no debiera. Solo falta que mis enemigos en la corte hayan aprovechado la ocasión para malmeter más sobre mí.

Razón no le faltaba, pero lo mejor era dejar que los acontecimientos fueran desarrollándose antes de preocuparse en exceso. Al menos eso es lo que él hubiera hecho de estar en su lugar. O eso creía... Así que prosiguió con su intento de tranquilizarle.

–Tan solo le ha escrito esa carta ofreciéndole la posibilidad de acudir a la capital con los prisioneros y el botín –añadió el comandante.

–¿Y eso te parece poco?

–Pero entiendo que íbamos a ir a Constantinopla de todas formas. ¿Me equivoco?

–Vitelio... ¡Cuánto te queda por aprender aún! –dijo el general sonriendo de nuevo–. La política no es como la guerra. Cuando estás en un campo de batalla puedes mirar a los ojos de tu enemigo y saber cuáles son sus intenciones. Ambos estáis allí para acabar el uno con el otro, y no existe ningún otro objetivo que no sea ese. Pero en la política las cosas funcionan de una forma muy distinta. No

puedes fiarte de todo lo que tus ojos ven, y debes andarte con cuidado con cada paso que das, ya que nunca se sabe dónde puede haber una trampa oculta. Los enemigos no salen a combatir a campo abierto, ni tampoco dejan ver cuáles son sus intenciones, sino que más bien buscan emboscarte o flanquearte para acabar contigo sin tener que exponerse.

El comandante de los *bucellarii* se quedó un poco perplejo ante la explicación que acababa de darle el general. Estaba claro que él no sabía de política, y realmente no tenía el más mínimo interés en participar de ella. Ya se había dado cuenta de lo peligrosa que era cuando estuvo en la capital llevando a Ovidio para ser juzgado. Era un juego demasiado arriesgado y con unas reglas poco definidas, por no decir que cada cual, jugaba aplicando las normas que le convenían.

—El emperador confía en usted, general. De eso puede estar seguro.

—¿Por eso ha enviado a Salomón para hacerse cargo de la provincia? —interrogó sonriendo de nuevo.

—Véalo como un relevo. Si usted regresa a la capital, deberá quedarse alguien de confianza a cargo del territorio, y este deberá tener las capacidades óptimas para proseguir con su trabajo, ¿no?

—Justo ahora que las tribus del desierto se han alzado en armas, me veo obligado a marcharme —dijo Belisario consciente de que la situación estaba lejos de controlarse con el reciente levantamiento de algunas de las tribus moras de la zona de Numidia—. No me gusta dejar las cosas a medio hacer, comandante.

—Creo que sería peor si se quedase aquí. Además creo que ya ha hecho suficiente reconquistando la antigua provincia, y eso es muy meritorio teniendo en cuenta los pocos hombres con los que llegamos a estas costas.

—Tú siempre ves las cosas desde un punto de vista positivo. Por eso me gusta conversar contigo cuando tengo

alguna duda –dijo el general en un tono que denotaba confianza plena–. Y sí, imagino que estás en lo cierto. Si me quedase para hacer frente a esta rebelión, daría más que hablar a esos que propagan los rumores falsos, y correría el riesgo de que el emperador creyese que de verdad mi intención es quedarme con este reino para mí. ¿Quién querría gobernar estas tierras en las que el calor no te deja apenas respirar? Digo yo, que si quisiera un reino para mí, me buscaría uno en el que la temperatura no fuera tan alta y al menos tuviera algo de sombra bajo la que guarecerse. ¿Qué opinas, comandante?

–Que sin duda yo haría lo mismo llegado el caso, señor...

I

La flota partió del puerto de Cartago aprovechando viento favorable. La situación en la provincia de nueva creación estaba bajo control, en lo que concernía a los vándalos. Estos se habían sometido al control romano casi en su totalidad. En cambio, las tribus del desierto, aquellas que se habían mantenido al margen en la guerra anterior, no iban a ser tan fáciles de convencer. Los indígenas de la región no estuvieron de acuerdo en pagar los tributos que los recaudadores romanos querían imponerles, así que no se lo habían pensado a la hora de enfrentarse a los recién llegados. Se alzaron en armas sin siquiera ofrecerles la posibilidad de entablar algún tipo de negociación que evitara la guerra.

Aunque hubiese preferido quedarse allí hasta que la situación se hubiera calmado un poco más, Belisario se vio obligado a partir tan pronto como las condiciones del mar lo permitieron. Llevaba consigo a Gelimer y a algunos de los notables vándalos como prisioneros, con la intención de ofrecérselos al emperador en calidad de presentes. Además, cargó todo el tesoro real que Bonifacio le había entregado durante la toma de la ciudad de Hippo Regium. Aunque Justiniano no le había obligado formalmente a regresar a la capital en su carta, que por cierto mostró a Vitelio, dejaba entrever que su futuro dependía de su presencia en Constantinopla. En ningún momento hablaba sobre los rumores que habían llegado a la corte, pero algunos detalles del contenido de la misiva dejaban entrever atisbos de preocupación. Por ello, el *magister militum per Orientem* no podía, es más, no debía, postergar su regre-

so. Debía afrontar la situación de la misma manera que lo había hecho en anteriores ocasiones.

En la cubierta del *dromon*, Vitelio estaba junto a su esposa observando la costa africana:

–Espero que no tengamos que regresar jamás a estas tierras –le dijo Aridai abrazándose a su hombro con ternura.

–Quien sabe dónde me conducirán los deberes de soldado –dijo Vitelio sonriendo y estrechándola contra él.

–Imagino que allá donde vaya tu querido Belisario –respondió ella con picardía.

–Imagino que sí, mi amor. Al fin y al cabo, soy el comandante de su regimiento de *bucellarii*. Me une a él un lazo de lealtad y mi obligación es seguir sus pasos.

–Jamás comprenderé esas cosas que hacéis los hombres. Cuando fui entregada a los hunos por mi padre, él me dijo que lo hacía por obligación y por cumplir con un tratado. Pero ¿por qué debe entregar un padre a su amada hija a unos desconocidos sin más? ¿Qué le empuja a tener que tomar esa decisión tan difícil? –preguntó la muchacha con los ojos llorosos añorando quizás unos tiempos que echaba en falta.

Vitelio la abrazó con suavidad mientras la besaba en la frente y se daba cuenta del dolor que sentía su amada esposa al recordar aquel triste episodio que seguramente le habría marcado su infancia. Pensó en lo mal que lo habría pasado al ser entregada a una gente tan diferente a ella. Ver como tu propio progenitor, alguien en el que confías y que debería velar por tu seguridad, te ofrece como moneda de cambio por un interés político. Sintió lástima por ella y se consideró afortunado de no haber tenido que estar en su misma situación. Qué vida más complicada le había tocado a Aridai. Sufrimiento y pena constante... Contuvo sus emociones y le respondió:

–En ocasiones los hombres se ven forzados a sacrificarse ellos, o a los que más quieren, por un bien mayor. Estoy